

El Fantástico Sueño de Los Mortales

Mariano Ariel Peretti Avila

Image not found.

Capítulo 1

El Fantástico Sueño de Los Mortales.

Hace varios siglos, en la Roma cristiana de Teodosio El Grande, recibí una condena más que insoportable. Una tumultuosa muchedumbre de traidores, apelando a los artilugios que proporcionan la inquisición y la crueldad, me acusó de querer apropiarme, a través de mis sueños, de la omnipotencia divina de Dios. Los clamores de castigo fueron tan bulliciosos que la sentencia fue inevitable. El juez, con un esplendor de fuego condenatorio en sus ojos, me sentenció a dejar de soñar. En ese momento, me convertí en el más ínfimo de los mortales, ya que con las cadenas del odio fue privada la libertad de mi alma.

Al caer la noche, dos guardia cárceles, apuntándome con sus lanzas, me condujeron hasta mi celda. Recuerdo que para llegar a destino tuve que caminar por un interminable desfiladero compuesto de rocas y ladrillos que conectaba la ciudad con los subterráneos subfluviales. Era un lugar verdaderamente aterrador, el olor nauseabundo del agua y la humedad asfixiante socavaban la dignidad de cualquier ser humano.

Cuando casi sin poder mantenerme en pie llegué a la prisión, sentí que mi corazón dejaba de latir, como si consciente de mi desgracia se entregase dócilmente a la muerte.

Mis días eran un suplicio, y mis solitarias y largas noches, un tormento. Cada vez que intentaba dormirme, un guardia cárcel me picaba con un filoso palo de madera, porque pensaba que si yo lograba conciliar el sueño, escaparía como la fantasmagórica sombra de un espectro.

En una madrugada gélida, un prisionero fue traído con desmedida brutalidad hasta mi celda. Lo desgarrado de sus vestiduras y su cabello blanco todo revuelto por los jalones recibidos no podían contrarrestar la honorabilidad de su persona. Era un hombre anciano, alto y de facciones delgadas, de origen griego. Su nombre era Diógenes, y aquellos que lo frecuentaban le llamaban el Oráculo de Delfos, por sus dones proféticos.

-Podrán acallar la voz de los hombres, pero no la voz de la verdad- gritó Diógenes encolerizado, tras ser encerrado.

Luego de exhalar un suspiro, se acurrucó silenciosamente junto a una de las paredes y se puso a meditar.

No me atrevía a hablarle, e intentaba mirarlo sin que él advirtiese mi presencia. Por varios días no pronunciamos ni una sola palabra. En base a

su aspecto físico, y por lo poco que comía y bebía, tan sólo el pan y el agua que le traían en un pequeño platillo y vaso de cobre, pude comprender que era un asceta, un hombre que había renunciado a los placeres de este mundo.

-¿Por qué te encuentras en prisión?- me preguntó Diógenes, rompiendo de manera inesperada el silencio.

Incorporándome del suelo, debido a que me encontraba durmiendo, respondí:

-Por el simple y maravilloso acto de soñar.

-Grandes imperios fueron abatidos por el sueño de un sólo hombre- dijo Diógenes realizando un gesto reflexivo -. Es natural que Roma te tema.

Después de pronunciada aquella frase, se recostó sobre el mármol de una piedra y se durmió.

Al otro día, viendo que ya se había incorporado de su letargo, le dije:

-Quizás estés aquí por una causa parecida a la mía, ¿es eso verdad?

-No exactamente- respondió.

-Me gustaría conocer el motivo- expresé con mayor curiosidad.

-Reconozco que soy un hombre afortunado- exclamó Diógenes con voz tenue -. Pero al mismo tiempo, un desdichado, por causa del conocimiento de mis vidas pasadas, de las múltiples encarnaciones de las que yo he sido único testigo.

Sorprendido por la respuesta, volví a preguntarle.

-¿Y por qué eso te hace te hace ser un desdichado?

-Hoy soy Diógenes de Atenas- dijo -. Ayer fui un jilguero campestre, antes un desconocido poeta persa y mucho antes, el famoso Pitágoras. Por más que compartí con júbilo estos conocimientos en el Foro, sosteniendo con sólidos argumentos cada una de mis exposiciones, los romanos me acusaron de hereje. El emperador Teodosio, temiendo más por su corona que por mi profana doctrina, mandó a que me sentenciaren a muerte. Ahí comprobé, no sin un profundo dolor, que los hombres prefieren la indulgente mentira, en lugar de la inclemente verdad.

Habiendo escuchado con profunda atención su historia, me dispuse a confesarle el secreto de mi existencia, pero cuando estaba a punto de hacerlo, unos soldados romanos apostados en la puerta de la prisión,

mediante ignominiosos insultos, nos obligaron a callar.

Se acercaba el día de la ejecución de Diógenes. Su tranquilidad de espíritu se mantenía inalterable.

-¿Sabes por qué el hombre le teme a la muerte?- preguntó.

-Desearía conocer tu posición- dije con absoluto interés.

-El hombre le teme a la muerte, porque teme perder la vida que nunca vivió.

-Podrías ampliarme tu razonamiento.

-Claro- respondió Diógenes con vehemencia -. Somos hechos de carne y de polvo. Sin embargo, los hombres piensan que su vida es imperecedera. Y cuando llega el momento del final, muchos lamentan no haber sido felices, y entonces anhelan con total desconsuelo ese estado, pero cuando eran jóvenes y vigorosos, poco espacio cedieron a la felicidad, porque decidieron malgastar su tiempo en buscar bienes efímeros, como el oro y la plata o el estruendoso aplauso del vulgo o el apretón de brazos del poderoso. Siguiendo estos destellos, descuidaron por completo la vida virtuosa, aquella que nos brinda los bienes verdaderos, la templanza que de todo extrae lo bueno y desecha lo malo.

-¿Acaso afirmas que el hombre es un ser ignorante?- pregunté.

-Ignorante es aquel que ignora- contestó Diógenes sonriendo -. Lo que acabo de decir- agregó -, es parte del conocimiento común. Nada nuevo ha salido de mis labios, por lo que no los llamaría ignorantes, pero sí, necios- concluyó.

Buscando indagar un poco más sobre su filosofía de la reencarnación, reanudé el interrogatorio.

-¿Te ha sido develado el conocimiento de tu próxima vida?

Ante aquella pregunta su rostro cobró un color luminoso, dejando entrever un estado de inconmensurable alegría.

-Esta ha sido mi última vida corporal- dijo -. Mi razón ya no tiene nada que conseguir de este mundo. Estoy listo para reunirme con el creador de todo el universo, y encontrar en él la verdad.

-Por eso es que no sientes miedo de la muerte que te aguarda.

-Exacto. Mi condena ha sido mi liberación.

-Si hay algo que puedo afirmarte, Diógenes de Atenas, es que tu Dios está aquí, a tu lado, burlándose contigo de las pesadas cadenas que aferran nuestros pies y nuestras manos.

Sonriendo en señal de aprobación, agregó:

-Siempre lo supe, desde el primer día en que mis ojos te vieron, advertí que no eras un simple mortal, que la divinidad brilla en ti. Aunque el sol intente ocultarse tras la sombra, su luz siempre ilumina a aquel que sabe dónde mirar.

A la mañana siguiente, Diógenes fue ejecutado. Con su muerte supe que muchas atrocidades se cometerían en mi nombre. Ya no deseaba experimentar el fantástico e impredecible mundo de los sueños, por lo que decidí volver a ser el que soy. Y en reparo de la falta cometida, dije sin misericordia, que nazca en las consciencias la pesadilla, y la terrible pesadilla, nació.

FIN.